

SANTA ARGENTEA Y SAN VULFURA, MÁRTIRES EN CÓRDOBA.

SANTA Argentea nació en una ciudad llamada *Bibastro*, de la cual no se tiene noticia antes ni después de su ruina. Su padre era caballero principal ó sea rey de aquel pueblo, como dice el autor de las Actas; llamábase Samuel, su madre Columba: ambos profesaban ocultamente la religion católica. Criaron á esta hija suya con temor de Dios, cuyos frutos se vieron en ella bien presto; porque los regalos y opulencias de su casa, para ella eran como si no fuesen: despreciaba la honra con que sus criados la trataban; de la moderacion en el vestir y de la ropa honesta hacia mas caso que de la profanidad y del lujo las mujeres de ahora. En la lectura de los libros santos aprendió el origen que tiene la ropa, y nunca se puso para vanidad lo que es un cartel público de nuestro delito. De amores no se hable; no conocia mas amor que el de Dios, en lo cual si la imitáran todas las doncellas, tendrían ellas mas paz, y no la quitarían á otros. Su deleite era buscar á Dios; ¿qué sería hallarlo? Temía el bullicio de su casa, andaba siempre escondiéndose y huyendo de los riesgos de perder á Dios que suele haber en la opulencia. A los regalos de la oracion acompañaba la aspereza de la vida; de los bienes de sus padres no tomaba sino lo que no podia negar á su necesidad. Comia y bebía lo muy preciso para no morir; castigaba su cuerpo y lo trataba como esclavo; andaba siempre por el camino angosto. No podia ocultarse esta luz á los de su casa y á los de fuera; para todos era Argentea estampa viva de humildad, de castidad, de mansedumbre, de misericordia. Muerta su madre armó el diablo una trama como suya para que la sierva de Dios dejase la vida que habia comenzado. Quiso Samuel que por mano de esta hija suya corriese el gobierno económico de su larga familia, en que hasta entonces habia entendido Columba. Argentea con respeto de hija, pero con grande eficacia, le hizo ver que á Dios habia hecho entrega de su corazon; que no era bien fuese ocupada en negocios temporales quien tenia puesto el ánimo y la aficion en las cosas eternas. Otras razones añadió á este intento, y las esforzó con tal elocuencia, que el padre mudó de parecer, y la concedió que en lugar apartado del tráfico y rumor de la casa, acompañada de dos doncellas devotas llevase adelante su buen propósito.

Florencia entonces en Bibastro un hombre de conocida virtud á quien las Actas llaman varon religioso, el cual tenia grande ansia de dar la vida por Cristo. A las oraciones de este siervo

de Dios se encomendó nuestra Santa, mostrándole el deseo que le daba el cielo de acompañarle en el martirio. Aquel santo hombre le respondió, que una de las doncellas que la acompañaban iría delante de él en esta corona; la otra no alcanzaria este bien, pero que Argentea al cabo de algun tiempo seria como él martirizada. El gozo que la causó esta buena nueva, no lo podré yo explicar. Comenzóse á mirar desde entonces como cosa que no pertenecia ya al mundo; dobló las mortificaciones pasadas; todo su afán era descarnarse perfectamente de las aficiones que enlazan y enredan el corazon.

Esta era la vida de Argentea cuando aquella ciudad fué arruinada, y el estado de su padre saqueado y assolado de todo punto. Sucedió esto en la era 966, esto es, por los años 928 de Cristo, cuando por las guerras que hubo entre las dos familias de los descendientes de Mahoma, vino á parar España al estado deplorable en que la pinta el arzobispo D. Rodrigo. Por otra parte Abderraman III despues que D. Ramiro II de Leon hizo varias entradas en tierra de moros, y les destruyó muchos pueblos, juntó un grueso ejército, y dió la famosa batalla de Simancas en agosto del año 939. Levantábase tambien con cuanto podia; á unos ganaba con arte, á otros con la fuerza; á los que no se dieron á partido, abatió y redujo á la última miseria. A alguna de estas causas podemos atribuir la destruccion de Bibastro, aunque en las Actas no se dice sino que este caso obligó á Argentea y á sus hermanos y á los demás moradores de su ciudad á pasar á Córdoba. Allí se agregó la sierva del Señor á otras vírgenes, viviendo como ángel del cielo tres años.

Dios, que sabe traer de léjos quien ayude á la gloria y bien de sus escogidos, ordenó lo que ahora diré. Habia en Francia por aquellos tiempos un hombre de muy buena vida llamado Vulfura. Una noche estando durmiendo se le apareció el Señor, y le dijo que viniese á España, en donde era su voluntad que padeciese martirio con una virgen llamada Argentea, á la cual tenia hecha promesa de este bien y queria cumplírsela. Volando vino este siervo de Dios á Córdoba, donde le esperaba la palma de mártir, y habiendo hallado á Argentea: Dichosa tú, la dijo, en cuyo triunfo quiere Dios que tenga yo parte. Visitóme en sueños el Señor, y me mandó peregrinar por tierras estrañas para que tú y yo á una peleemos contra las ocultas asechanzas del envidioso enemigo. ¿Pues quién nos detiene? respondió Argentea; ¿por qué damos largas á este bien? armémonos con las celestiales armas del Rey invicto, y aprisa corramos á vencer el ejército de Satanás. Dejó á Vulfura atónito la gran fortaleza de aquella vir-

gen, y arraigado en la fe, no le sufría el corazón dilatar el martirio en cuyo amor se abrasaba Argentea. Desde luego comenzó á predicar el Evangelio; con lo cual irritados los moros, como perros hambrientos embistieron contra él, y lo llevaron ante un juez, queriendo casi á pura fuerza que renegase de Cristo. Viendo que no alcanzaban esto, para doblar su ánimo, lo metieron en una mazmorra. Cuando Argentea supo que Vulfura estaba en la cárcel, no tardó en visitar entre las cadenas al que había de ser compañero suyo en el triunfo. Y como fuese muchas veces á consolarlo con sus celestiales palabras, los moros lo echaron de ver, y un día la cercaron y la dijeron: ¿No eres tú la hija del príncipe Samuel? ¿Cómo entras en este lugar? ¿Pretendes acaso que te alcance la muerte de este mal hombre? Argentea gozosa con la ocasión de padecer martirio que le venía á las manos, con grande ánimo dijo que no solo era hija de aquel padre, como ellos decían, sino cristiana también. Oída esta confesión, la llevaron al tribunal; y como el presidente quisiese saber de ella la religión que profesaba, con aliento divino respondió: ¿A qué son tantas preguntas? ¿No acabo de decir ahora mismo que soy cristiana? Mas porque Pablo dice, que con el corazón se cree para la justicia, y con la boca se hace la confesión para la salud, delante de todos confesaré que creo, adoro y predico á un solo Dios en la Trinidad, en cuya sustancia no cabe división, ni en las personas confusión.

Airado el perseguidor con esta respuesta, bramando de rabia mandó que Argentea fuese llevada á la cárcel. La sierva de Dios se preparaba allí para el sacrificio con ayunos y mortificaciones gravísimas, consolándose con la lección de los libros sagrados, hasta que el rey de Córdoba, que lo era entonces Abderraman III, la mandó degollar junto con S. Vulfura si permaneciesen firmes en su confesión; añadiendo que á Argentea diesen antes mil azotes y le cortasen la lengua en castigo de su rebeldía y contumacia, y del desprecio con que había mirado los premios del rey.

No sabía la santa virgen como dar gracias á Dios por tan gran merced; con alegría esperaba pasar por aquel suplicio al tálamo del eterno Rey; y armada con la cota de malla de la justicia, intrépida salió al campo, y decía: ¿Qué importa, cruelísimo príncipe, que me cortes la lengua del cuerpo, si el invisible instrumento de mi alma está siempre resonando á Cristo? Añade crueldades á crueldades con que á mí acrecientas más gloriosas coronas, y á tí tormentos para siempre. Estas y otras cosas decía Argentea, las cuales no pudiendo sufrir el presidente, man-

dó que en ambos se ejecutase la sentencia, pasando con gozo al premio de su confesión el día 13 de mayo del año 931. Llegada la noche recogieron los cristianos sus cuerpos, y con asistencia del obispo y de todo el clero depositaron solemnemente el de Sta. Argentea en el cementerio de la iglesia de los tres Santos, que hoy es S. Pedro; y el de S. Vulfura en otro cementerio, obrando el Señor por intercesión de sus siervos muchas y grandes maravillas.

La misa es en honor de S. Pedro Regalado : la oracion la siguiente :

O Dios, que te dignaste llevar á gozar de las delicias de tu gloria á tu amado siervo Pedro despues de las mortificaciones que en su cuerpo había sufrido : concédenos, misericordioso Señor, que por sus méritos é intercesión podamos llegar á las eternas delicias que nos teneis preparadas para siempre á vuestra diestra. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 5 de la del apóstol S. Pablo á los Filipenses.

Hermanos : lo que fué para mí antes ganancia, he reputado despues pérdida por Cristo : á la verdad que así lo estimo por la eminente ciencia de mi Señor Jesucristo, por quien todo lo desprecio y reputo por basura, con tal que gane á Cristo, y con él me una; no por la justificación que me resulta de la observancia de la ley antigua, sino es por la que nace de la fe de Jesucristo, que es la verdadera justicia, dada por Dios en la misma fe para conocerle, juntamente que la virtud de su resurrección y participación en sus penas : asemejándome á su muerte, si he de concurrir á la resurrección de entre los muertos. Yo no vivo persuadido que ya la he conseguido, ó que sea ya perfecto, y por lo mismo lo sigo hasta tener la dicha de unirme con el Señor, del modo que he sido incorporado (en la Iglesia) por Cristo.

REFLEXIONES.

Ninguna cosa debe humillar tanto al hombre como los errores de su entendimiento, y las ilusiones de su corazón. En uno y en otro se engaña groseramente. Suele errar mucho en sus juicios, y mas en sus deseos. Las pasiones nos tiranizan, y hecho

esclavo de ellas el corazón, perdió su libertad el entendimiento; cede la razón á la inclinación y á la preocupacion, y queda oscurecida la luz que la alumbraba. Del corazón corrompido se levantan las nieblas que la estorban: de aquí nacen aquellas ilusiones, aquel mal modo de discurrir, aquel errar aun en los mismos principios. Estimase lo que debiera despreciarse; amase lo que por toda la eternidad será materia del mas cruel dolor, y objeto digno de la mayor aversion, y del mas vivo arrepentimiento. No solo deslumbra los ojos una brillantez falsa y aparente, sino que toda la atencion suele dejarse arrastrar de ella. En vano nos dan gritos para que nos guardemos del lazo, para que conozcamos la mentira, para que advirtamos el error. Ordinariamente estamos tan sordos como ciegos, siendo tanta la preocupacion, que ni aun creemos á los mismos que fueron triste juguete del engaño. Es esta una enfermedad popular y contagiosa: apenas alcanzan las mayores precauciones para que no se comunique, y no se pegue con el comercio de aquellos con quienes tratamos. ¿Cuanto tiempo ha que se está gritando contra esa quimérica felicidad de que se alimentan los mundanos; contra ese vano fantasma de gloria, que cansa las fuerzas, y consume la sustancia á cuantos corren tras de él; contra ese ídolo de las riquezas, que hace infelices á sus adoradores; contra esos falaces gustos, que solo producen amarguras? Degenera la ilusion en una especie de encanto, y se coloca la felicidad en puestos elevados, en todo lo que hace ruido, en todo lo que brilla, y en todo lo que atolondra. ¿Cuándo hemos de discurrir como discurría el Apóstol? ¿Cuándo nos haremos racionales comenzando á ser mas cristianos? ¿Cuándo se desengañará aquel pobre hombre del mundo de aquella vana aprehension, de aquel errado juicio, de aquella engañosa preocupacion que le hace mirar como fortuna la que en realidad es verdadera desgracia? ¿Cuándo acabará de conocer aquella pobre mujer, que sus orgullosas galas, que sus impertinentes modas, que sus insulsos y cansados entretenimientos, que aquellas largas horas de tocador y de cortejos, cuando menos son lastimosa pérdida de un tiempo tan precioso, y perenne inagotable manantial de lágrimas y de dolor? A lo menos lo conocerá á la hora de la muerte; porque en vida hacen poca impresion estas verdades. ¡Pero qué cosa tan cruel no conocer el descamino hasta que ya no puede enderezarse, no advertir el despeñadero hasta que se va á ocultar la luz, no prevenir el error hasta que se va á acabar el día, no hacer juicio sano de las cosas hasta la hora postrera! Regularmente hablando, llega ya muy tarde el juicio, cuando no llega

á la hora de la muerte. A lo menos todas las reflexiones que se hagan en aquel postrer momento sobre la ilusion de nuestros deseos, sobre la ridiculez de nuestras aprehensiones, sobre los errores de nuestra ambicion, sobre los engaños de nuestras ideas, no asegurarán mucho á un corazón, á un entendimiento, que comienza á ser cristiano en aquella estremidad. ¡Ah, y qué consuelo será poder decir entonces como S. Pablo: *Tuve por pernicioso todo aquello que podia apartar del amor de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor lo renuncié todo, y todo lo miré como basura por ganar á Jesucristo!*

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En tiempo que Jesucristo poseeis, y dad limosna. Haced enseñaba á sus discípulos que para vosotros bolsillos que no se solo buscasen el reino de los envejecen, y un tesoro indefectible en los cielos, donde ni el pequeña grey, porque ha sido ladron roba, ni la polilla roe: del agrado de vuestro Padre donde está, pues, vuestro tedaros su reino. Vended cuanto soro, allí está vuestro corazón.

MEDITACION.

De que no hay otros verdaderos bienes, que los bienes eternos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que los bienes y los males que se acaban, se pueden y se deben contar por nada. Un gusto, una satisfaccion, una alegría de pocas horas son gustos bien ridiculos y bien despreciables. La flor que al medio día se ostenta lozana en su mayor pompa, y á la noche está marchita, es imagen viva y natural de los gustos y bienes de esta vida: bienes tan insustanciales, tan ligeros y tan caducos, no merecen el nombre de bienes. Pues el mundo no tiene otros. Bienes volátiles, fugitivos, imaginarios; bienes que nacieron para ser fuente de inquietudes, de sobresaltos, de disensiones y de pesadumbres; bienes que nacieron para ser tiranos y suplicio de los hombres; ¿puede haber hombre prudente que coloque su felicidad en correr tras de semejantes bienes? ¿será prudencia gastar la salud, y consumir la vida en solicitarlos? Yo quiero que logres el privilegio de ser mas poderoso que los otros. ¿Cual será el fin, y cuanta la duracion de ese mayor poder? Un puñado de días inquietos y turbulentos serán toda su duracion y todo su término. Juzguemos de lo futuro por lo pasado. Los bienes de esta vida

nada tienen de sólidos: hablando propiamente son bienes soñados, todo su valor consiste en la opinión y en la idea; con todo, este es el ídolo de los mundanos. ¡Buen Dios, y qué dignos son de compasión los que ofrecen votos á una fantasma!

No hay bien sólido y que satisfaga, si no es bien eterno; los que desaparecen y se acaban con la vida, se pueden y se deben comparar á un poco de humo. Los bienes que me enseñan la fe y que me descubren la religión, esos son los que únicamente merecen el nombre de bienes. Aunque en los bienes de esta vida se hallara tanta dulzura como prometen, ¿de qué servirán por toda la eternidad? Con la muerte se acaba todo su gusto; aquel último soplo apaga toda la imaginaria felicidad de esta vida. ¿Qué resta de ella un instante después de la muerte? ¿Qué le restará á un poderoso príncipe de todas aquellas pomposas demostraciones de honor y de respeto, de todo aquel numeroso séquito de cortesanos, de toda aquella magnificencia de palacios, y de todos aquellos numerosos y formidables ejércitos? ¿Qué les restará á los hombres ricos de su abundancia y de sus tesoros? ¿Qué les restará á las más bizarras damas de su orgullo, de su hermosura y de su ociosidad? ¿qué de sus adornos, y de sus diversiones? ¡Y estos se llaman bienes! Aun los que ahora los aman y los solicitan con la mayor ansia, ¿los mirarán como bienes en aquella espantosa eternidad, en que se hace juicio tan cabal de todas las cosas?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que los bienes eternos son los únicos que pueden contentar así al entendimiento como al corazón: al entendimiento, porque todo cuanto le presentan es real y conforme á la recta razón; de tan inestimable valor que por toda la eternidad ha de ser el objeto de su aprecio. Al corazón, porque habiendo sido criado el hombre para solo Dios, solo aquello que puede llevarle á Dios, y acercarle á la posesión de Dios, puede sosegarle y satisfacerle. De aquí nace que cualquiera otro género de bien, deja en el alma un vacío que la inquieta, y solamente los bienes eternos causan en ella aquella exquisita dulzura, que es como ensayo ó prueba anticipada de los consuelos del cielo.

Estos bienes son las virtudes cristianas, las cuales son las únicas verdaderas riquezas del cristiano: ellas solas le hacen respetable y feliz, ningún otro bien es capaz de dar mérito, la virtud es su único origen: el mérito solo nace y solo se propaga en este fértil terreno. Aunque falte todo lo demás, grande nombre, nacimiento ilustre, dignidades, empleos honorifi-

cos, grandes rentas, ornamentos postizos; sin nada de esto se puede pasar fácilmente: es un oropel que se echa muy poco de menos. Tenga un hombre virtud, y se hará verdaderamente respetable. Es la estimación y el respeto un tributo que hasta los mismos reyes se ven obligados á pagar á la virtud. Es la virtud, por decirlo así, aquel milagroso tesoro de los cielos, al cual nunca se acercan los ladrones, y hasta los mismos gusanos le respetan.

No solo es la virtud el único principio de la verdadera felicidad respecto de la otra vida, sino también respecto de esta. No tenemos mayores enemigos de nuestra felicidad y de nuestra quietud que nuestras pasiones. ¡Qué tranquilidad y qué dulzura experimentaríamos sin ellas! pues su contraveneno es la virtud cristiana. Si no las ahoga, por lo menos las sujeta, y las pone en paraje de que no hagan daño. ¡Qué cosa más estimable ni más preciosa que la que nos libra de todas molestias y de muchas pesadumbres!

Solo el pensamiento de que algún día se pueden perder todos los bienes que se poseen, disminuye mucho su justo valor. Un hombre poderoso, una persona que se halle en puesto elevado, un príncipe á quien todo se le ríe y se le rinde, conocen bien el vacío de los bienes volátiles y pasajeros; su misma caduca naturaleza embota la punta, apaga la viveza y quita el sañete al gusto que pueden tener. Solo pensar en la muerte basta para no tomar gusto á ningún bien terreno y temporal. ¡Qué cosa tan buena es no ser rico sino de los bienes eternos! no les quita el tiempo el mérito que tienen, y el pensamiento de la muerte añade nuevo gusto á su dulzura, siendo el colmo de ella la misma eternidad. Y á vista de esto, ¡será posible que suspiremos por otras riquezas!

¡Mi Dios! ¡y qué dolor es el mío de haber puesto mi tesoro en otra parte que donde debiera estar mi corazón! A vuestra gracia, Señor, debo el conocimiento de mi error, que detesto con toda el alma. De hoy en adelante todo mi tesoro estará en los bienes eternos, y donde estuviere mi tesoro, allí estará mi corazón.

JACULATORIAS. — ¡Qué atractivos tiene vuestra celestial habitación, ó Dios y Señor de las virtudes! no puede sufrir mi alma el ansia con que suspira por ella. (*Psalm. 83.*)

Fijemos nuestros corazones en aquella parte donde únicamente se hallan los verdaderos gustos. (*Ex orat. Eccl.*)

PROPOSITOS.

1 Asombro es, que teniendo fe tomemos tanto gusto á los bienes perecederos de esta vida, y nos hagan tan poca fuerza los bienes eternos de la otra, sabiendo que son la herencia de los predestinados. Pero mas asombro seria, si criados y engolosinados con el gusto de estos bienes terrenos, suspirásemos por los otros que solo se gustan en el cielo. Educáanse los niños, y se les enseña en la escuela del mundo: dánseles lecciones enteramente mundanas antes que despierte en ellos la razon: apenas se les habla desde la cuna sino de lo que debieran ignorar toda la vida: no oyen hablar otra cosa que de la destreza y la habilidad de los que hacen fortuna, del esplendor y la magnificencia de los grandes, de la opulencia y de la suntuosidad de los ricos. Eternamente se trata delante de los niños de lo que fomenta el orgullo, de lo que irrita la concupiscencia, de lo que escita y anima la emulacion. Cuando niño ¿oiste hablar alguna vez de la vanidad é insubsistencia de los bienes criados? ¿y lo que has hablado hasta aquí delante de tus hijos podrá inspirarlos mucha aversion á estos bienes, y una justa idea de lo que son? Acostúmbranse los niños á aquellos alimentos con que se crían; y así corrige desde hoy en adelante un descuido tan pernicioso. Nunca hables delante de tus hijos de las cosas que tanto engañan en el mundo, sin aplicar el debido correctivo. Observa una gran reserva en tratar á su presencia de aquellas materias que pueden fomentar la vanidad. Si los negocios ó la conversacion te obligaren á tratar de algun suceso feliz, de una nueva dignidad, de un nuevo empleo, de una brillante fortuna, nunca dejes de apuntar las sombras de estos vanos resplandores: á lo menos siempre encontrarás en el pensamiento de la muerte un contraveneno muy oportuno. ¡Cuanto terreno perderian las pasiones! ¡qué cristianas serian las familias si los padres hicieran estimar el mérito y el valor de los bienes eternos!

2 Igualmente nos puede servir la prosperidad y las adversidades para que tomemos el gusto á los bienes de la otra vida, y nos disgustemos de los de esta. Si tus bienes se adelantan y van en aumento, dite muchas veces á tí mismo: todo es trabajar para mis herederos, ¿y qué gozaré yo de todo esto despues de mi muerte? Si te sale mal todo cuanto emprendes en este mundo, consuélate con que tu herencia está reservada para el cielo. ¿Vives humillado, abatido y olvidado? acuérdate de cuando en cuando que eres peregrino y extranjero, y que no

es mucho que no te conozcan en un país tan distante del tuyo. Piensa que en rigor no eres mas que un mero administrador de tus bienes, y que estás encargado de ese empleo, de ese puesto por via de comision. Algunos tienen la santa costumbre de escoger un dia cada mes para hacer delante de Dios el desapropio de sus bienes despues de la comunión á los pies de algun Crucifijo, donde renuncian la propiedad de todo cuanto poseen, protestando delante del Señor no tener gusto ni apego á otros bienes que á los eternos.

DIA XIV.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN BONIFACIO, mártir, el cual en tiempo de Diocleciano y de Maximiano padeció en Tarso de Cilicia: su cuerpo fué llevado á Roma, y sepultado en la via Latina. (*Véase su vida en el dia de hoy.*)

SAN PONCIO, mártir, en Francia, por cuya predicacion é industria se convirtieron á la fe católica los dos césares Filipos: despues fué martirizado en tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES VICTOR Y CORONA, en Siria, en tiempo del emperador Antonino: Victor fué atormentado con varios y horrendos suplicios por mandato del juez Sebastian; Corona, que era mujer de un soldado, maravillada de la constancia de Victor, comenzó á llamarle en alta voz: *Bienaventurado*; y vió luego dos coronas que bajaban del cielo, destinadas la una para Victor, y la otra para ella; y asegurando esto á presencia de todos los circunstantes, habiéndola atado á dos árboles, los soltaron y la partieron en dos pedazos. Victor fué degollado.

LAS SANTAS MÁRTIRES JUSTA, JUSTINA Y ENEDINA, en Cerdeña. (Deramaron juntas su sangre por confesar á Jesucristo en el siglo II.)

SAN PASCUAL, papa, en Roma (el primero de este nombre, y sucesor de Estéban IV) el cual hizo sacar de las grutas y de los cementerios los cuerpos de muchos santos mártires, y los colocó suntuosamente en diferentes iglesias.

SAN BONIFACIO, obispo de Fiorento en Toscana, prelado ilustre que, segun refiere S. Gregorio papa, floreció desde la niñez en santidad y milagros.

SAN POMONIO, obispo, en Nápoles de Campaña.

SAN PACOMIO, abad, en Egipto, el cual edificó muchos monasterios en aquel país, y dió á sus monges una regla que habia recibido de la boca de un ángel, siendo llamados por este motivo: Monges del ángel. (*Véase su vida en las de hoy.*)